

Pedro Menéndez de Avilés: el español que fundó la ciudad más antigua de EE.UU

POR César Cervera Moreno

» **E**l Globo de Hunt-Lenox (1503–07) es especialmente notorio por contener de forma explícita la expresión latina «Hic sunt dracones» («Aquí hay dragones»), frase que hacía referencia desde tiempos medievales a aquellos **territorios inexplorados o peligrosos**. Pues, para advertir a los navegantes de posibles amenazas, se usaban este tipo de indicaciones o, directamente, se dibujaba una serpiente marina o algún tipo de criatura mitológica en la zona en cuestión. Así aparece, por ejemplo, una bestia marina difícil de catalogar en este mapa-mundi sobre **lo que hoy corresponde aproximadamente al territorio de La Florida**. Un aviso a navegantes: quien fuera allí debía prepararse para luchar hasta con dragones.

La ciencia náutica y la fantasía aún ocupaban espacios difusos cuando, el 15 de febrero de 1519, nació en la localidad asturiana de Avilés **Pedro Menéndez y Alonso de la Campa**, un hombre destinado a domesticar al dragón que suponía para los españoles La Florida, que **hoy abarca una superficie de más de 170.000 kilómetros cuadrados**, pero entonces ocupaba las dos Carolinas, parte de Alabama y toda Georgia. Como ocurre con otros personajes del siglo XVI, **se necesitarían muchas vidas actuales para meter toda su biografía**. Su carrera osciló entre su servicio a la milicia castellana, su gestión en la Flota de Indias y su labor como armador de barcos, al estilo de la familia Bazán y otros marinos con una visión global de la actividad naval.

CLAVES

- ✓ Los españoles creyeron al principio que La Florida era una isla o, como en el caso de Menéndez de Avilés, que era fácil rodear por el interior la península.
- ✓ La ejecución de los franceses del fuerte Carolina en 1565 colocaron a Menéndez entre uno de los grandes villanos de la Leyenda Negra española.
- ✓ El adelantado fundó siete fuertes en las costas de Florida, de los cuales solo San Agustín ha sobrevivido hasta hoy.
- ✓ Los motines, los huracanes, la dificultad de llevar suministros, la falta de fondos y la bellicosidad de los indígenas convirtió esta región en una de las más complicadas de colonizar de América.

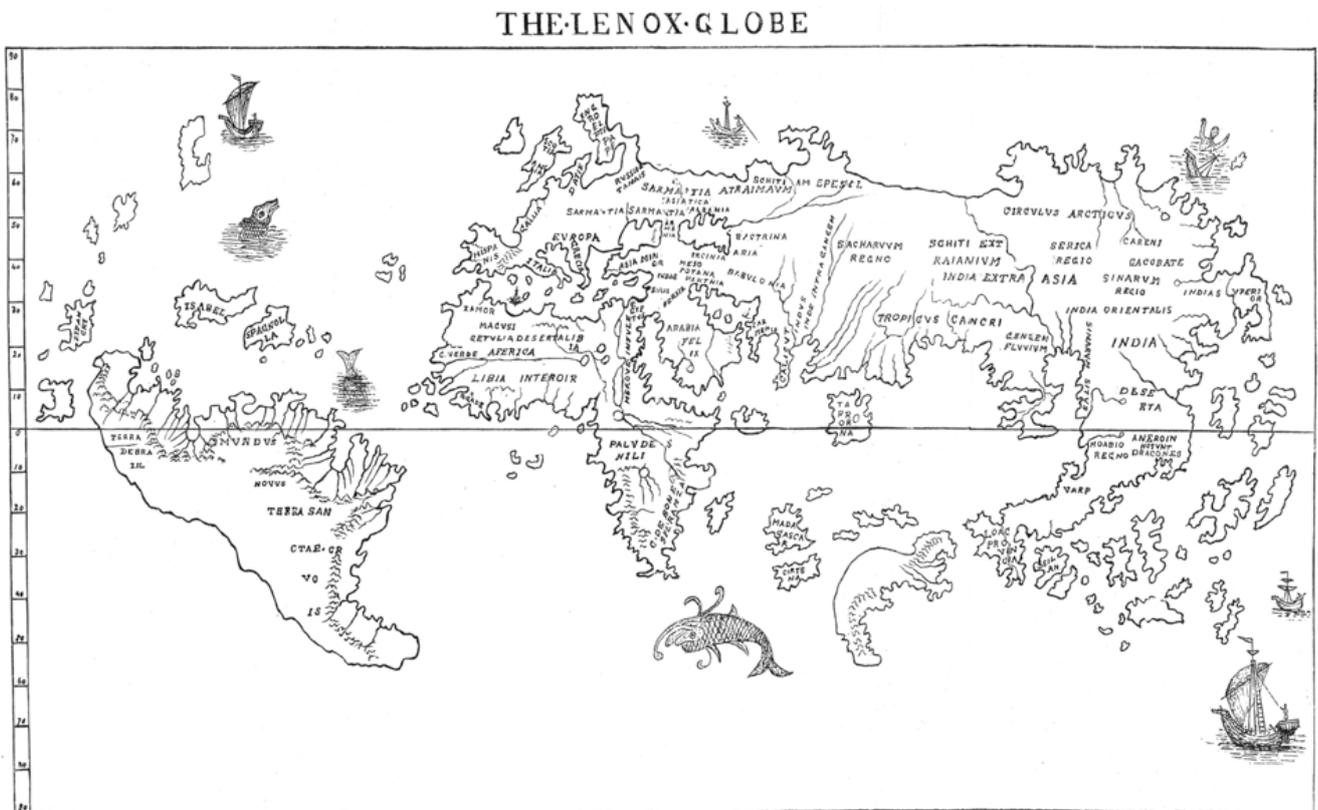


Procedente de una familia de viejos hidalgos, el asturiano se vio en la necesidad de ganarse el pan desde muy joven debido a la **temprana muerte de su padre y a las dificultades para alimentar a nueve hermanos** (Solís de Merás, pariente suyo y contemporáneo, eleva la cifra a veinte). A los 14 años, se enroló como grumete en una armada surta en Santander con el objeto de luchar con los corsarios franceses, que habían proliferado al calor de las **intermitentes guerras entre Francisco I de Francia y Carlos I de España**. Con la ayuda de varios familiares, Menéndez de Avilés adquirió un patache propio para realizar un corso defensivo en las aguas del Cantábrico. A su mando protagonizó, en 1539, **una operación de rescate de una embarcación apresada por corsarios cuando se dirigía a una boda en Vigo**. El asturiano logró liberar a los cautivos, entre ellos la novia, y capturar con su humilde embarcación a dos de las tres zabras enemigas.

El gobernador regente de España, Maximiliano II, **le concedió patente de corso, a los 30 años**, para que siguiera combatiendo así a las naves depredadoras. Espe-

cialmente notorio entre estos piratas era el nombre de **Juan Alfonso Francés** (Juan Alfonso Portugués, en las crónicas francesas), quien capturó, a la altura del Cabo Finisterre, a dieciocho embarcaciones vizcaínas cargadas de hierro, herrajes y otras valiosas mercancías, en 1545. Menéndez persiguió al pirata por las costas de Bretaña, **y se adentró en el puerto de La Rochela, nido de este tipo de corsarios cantábricos**, hasta recuperar parte de los barcos y herir de muerte al capitán francés.

En 1550, Carlos I pidió al asturiano que limpiara de barcos hostiles la ruta hacia América. Esta etapa le permitió **tomar contacto con el Nuevo Mundo y colocar su voz entre las más acreditadas** en lo que se refería a la estrategia de defensa de las jóvenes colonias. Pues, tras décadas de omisión, ingleses, franceses y pronto los holandeses empezaron a ver en América una fuente de oportunidades y carroña. El propio Menéndez **cayó en manos de corsarios en aguas atlánticas**, de modo que pasó un tiempo entre ellos a la espera de que su familia pagara su rescate.



El Globo de Hunt Lenox.

BAJO EL ACOSO DE LA BUROCRACIA SEVILLANA

El buen criterio y osadía del asturiano no pasaron inadvertidos para la Corona. El marino **se ganó la confianza personal del príncipe Felipe**, durante la travesía que llevó al heredero de Carlos I hasta Inglaterra para contraer matrimonio con la reina María Tudor. Al comienzo de su reinado, Felipe nombró **capitán general de la Armada y Flota de la Carrera de Indias a Menéndez**, en contra de la opinión de la Casa de Contratación y del prior y cónsules de la Universidad de los Comerciantes, órganos encargados hasta esa fecha de elegir y nombrar este cargo. Un año después, **Menéndez contribuyó a la victoria española en San Quintín (1557)** conduciendo a Flandes una flota con 1.500 soldados de refuerzo y un tesoro de 1.200.000 ducados. Se las vio y deseó en esas aguas con otro eminente corsario, François Le Clerc, apodado «Pata de Palo», al que hizo huir. Además, trajo desde Amberes a Felipe II sorteando una peligrosa galerna en la que se perdieron varios navíos de la comitiva real.

En su nuevo cargo, **Menéndez realizó más de 50 veces la travesía entre España y América a lo largo de 18 años de carrera**, según datos recogidos por Antonio Fernández Toraño. Esto le supuso pasarse casi la mitad de su vida en activo encima de un barco, a cambio de una formación que sobrepasaba a cualquier otra de carácter formal. El genio del asturiano, sin adiestramiento naval de ningún tipo, **se curtió a golpe de experiencia en la Carrera de Indias**, uno de los grandes hitos logísticos del siglo XVI y una academia viva para ensamblar a algunos de los mejores almirantes del continente. Ningún otro país tenía a su disposición maniobras reales cada pocos meses para aprender a navegar en escuadra.

Inspirado precisamente en un memorial del asturiano, Felipe II estableció mediante real cédula las condiciones para asegurar un sistema de defensa naval inmune a los ataques piratas, cuyos rasgos más característicos y perdurables estarían ya asentados para 1561. **El viaje de la Flota de Indias se efectuaba dos veces al año**. El punto de partida se emplazaba en Sanlúcar de Barrameda, donde la flota realizaba las últimas inspecciones, y desde allí partía hacia La Gomera, en las islas Canarias. Tras la aguada (recoger agua en tierra), **la escuadra conformada por unas 30 barcos navegaba entre veinte y treinta días**, en función de las condiciones climáticas, hasta las islas Dominica o Martinica (Centroamérica) donde se reponían los suministros. Desde allí cada barco se repartía hacia su puerto de destino.

El genio del asturiano, sin adiestramiento naval de ningún tipo, se curtió a golpe de experiencia en la Carrera de Indias, uno de los grandes hitos logísticos del siglo XVI.

El convoy era encabezado por la nave capitana, mientras los galeones mejor artillados se situaban a barlovento (donde sopla el viento), para proporcionar escolta al grupo. **El objetivo era que ningún barco se perdiera de vista o se desviara del rumbo**. Por la noche, los bajeles encendían un enorme farol a popa para servir de referencia al que tenían detrás. Este sistema, que Menéndez Avilés inspiró y dio forma, permitió que entre 1540 y 1650 – periodo de mayor flujo en el transporte de oro y plata – de los 11.000 buques que hicieron el recorrido América-España **se perdieran únicamente 519 barcos**, la mayoría por tormentas y otros motivos de índole natural. En contra del mito promovido por cine y literatura, **solo 107 lo hicieron por ataques piratas, lo que suponía menos del 1%**.

Inteligente, duro, profundamente religioso y, ante todo, leal al rey, al que Menéndez supo «interpretar» mejor que la mayoría de mandos españoles en sus órdenes, casi siempre contradictorias o directamente irrealizables. Porque el Rey Prudente gustaba de dejar parte de los detalles, las menudencias, **en manos de la providencia o de la persona que tenía «la cosa presente»**. Sobre esta capacidad que se esperaba del marino para ingeniar sobre el terreno, afirma el cronista **Gabriel de Cárdenas y Cano** que «algunas de estas cosas ejecutó contra las instrucciones que se daban, pareciéndole que contravenirlas era mayor servicio al rey y, confiado en su experiencia y su fortuna, se atrevía a exponer su cabeza al riesgo de perderla si salían mal».



Casa natal de Pedro Menéndez de Avilés según la tradición local.

Lo que jamás supo es entenderse con los formalismos de los oficiales de la Casa de Contratación, ni con el gobernador de Cuba, todos ellos **recelosos de que el asturiano estuviera aprovechando los privilegios** que otorgaban los cargos reales para engordar sus propios negocios. Críticas tan mezquinas que Menéndez llegó a pedir al rey que

La improvisación era mal vista en la Sevilla poblada de técnicos y oficiales dedicados a velar por el monopolio castellano en América.

no le mandara conducir más flotas, «porque me parecía que aunque yo hiciese mi deber en la Carrera de Indias, sería siempre calumniado, maltratado y molestado por los jueces de la Casa de la Contratación y de prior y cónsules». Dentro de un sistema profundamente burocratizado, **la improvisación era mal vista en la Sevilla poblada de técnicos y oficiales** dedicados a velar por el monopolio castellano en América. El gremio nunca dejó de recordarle que no era uno de los suyos.

A la vuelta de un viaje a América en 1563, el asturiano fue encarcelado durante veinte meses en los Reales Atarazanas por orden de la Casa de Sevilla, que le acusó a él y a su hermano Bartolomé de **haber introducido plata y oro no declarados en la Península**, entre otros cargos relacionados con un conflicto de intereses entre su cargo real y su negocio como armador de barcos. En esta ocasión ni siquiera les libró de la cárcel la intervención de Felipe II, que subrayó en vano que la jurisdicción sobre su capitán general pertenecía a la Corona. Menéndez escribió desesperado entre barrotes que se le estaba «acabando la vida, que es lo que los jueces de la Contratación deben desear», en un proceso eterno donde **ninguno de los casos abiertos parecía llegar a un desenlace**. Era la culminación de una conjura largamente anhelada por la burocracia indiana; tal vez, imaginaban, la tumba final del marino asturiano tras otros pleitos similares que habían quedado en nada. Lo que no entraba en los planes de los conjurados era el factor Florida, y lo mucho que el rey iba a necesitar a su almirante atlántico más eficiente. Solo aquello pudo desatar el nudo gordiano que ataba a los hermanos Menéndez.

LA IRREDUCTIBLE «ISLA» DE LA FLORIDA

La denominada como Isla de la Florida se había mostrado escurridiza al avance de los europeos. En 1513, Ponce de León descubrió la llamada **Tierra Florida** por haber sido encontrada en uno de los días de Pascua Florida (no faltan los que defienden que el nombre procede de lo exuberante de su naturaleza), pero falleció en su segunda expedición allí a causa de las heridas infligidas por los indios. En 1528, fue **Pánfilo de Narváez** quien condujo a sus hombres por la bahía de Tampa hacia los tesoros que, supuestamente, escondía este territorio desconocido, si bien su carácter bronco y poco dialogante condenó a la expedición al fracaso casi desde su inicio. **Alvar Núñez Cabeza de Vaca**, uno de los pocos supervivientes del grupo de Narváez, se convirtió en la década de los treinta en **el primer europeo en cruzar el continente americano de este a oeste**, recorriendo a pie 10.000 kilómetros,

hasta llegar desde la bahía de Tampa, en Florida, a San Miguel de Culiacán, en México.

Vázquez de Ayllón, a su vez, navegó por la costa este hasta Carolina del Sur, donde encontró la muerte, en octubre de 1526, aquejado de malaria. En su periplo americano fundó **San Miguel de Gualdape** (a veces citado como Guadalupe), que se considera **el primer asentamiento europeo formal en lo que hoy son los actuales EE.UU.** Asimismo, Hernando de Soto, veterano de la conquista del Perú, siguió los pasos de los anteriores y exploró durante tres años una gran parte del territorio norteamericano. Murió en 1542 a orillas del Missisipi, río descubierto por él, sin haber sido capaz de establecer un asentamiento duradero en su exploración. Muchos veteranos de las guerras andinas y mexicanas regresaron a casa **alertando de la hostilidad, sin igual, de los indígenas.** Luna, Villafañe y otros aventureros menos conocidos también dieron fe de estas dificultades.

El primer obstáculo que se encontraron todos estos hombres, aparte de un clima extremo y dado a los huracanes, era la falta de un enemigo tan visible y organizado como lo fue el Imperio Azteca para Cortés o el Inca para Pizarro. Resultaba imposible valerse de los restos de estructuras organizadas, como las anteriores, **para el proceso de evangelización y pacificación de La Florida.** Además de lo difícil que era convencer a aventureros ávidos de fortunas rápidas de emprender una larga campaña contra un enemigo que, ni en cuestión de años, podría deparar un botín de guerra como el hallado en Perú o México. La presencia de algunos lingotes de plata entre los indios transmitió la falsa idea de ciudades bañadas en metales preciosos, cuando en verdad habían sido recogidos de barcos naufragados en la costa. **En este territorio convivía una amalgama de tribus,** que no habían pasado del neolítico y que no conocían ninguna organización más allá de algunas confederaciones de pueblos. No bastaba, por ello, con descabezar a la fuerza hegemónica, que no era visible, sino que había que someter una a una a todas estas naciones. **Resultaba que La Florida, más que un dragón, era una hidra.**

Fue necesario un contexto de rivalidad en ultramar entre naciones europeas para que **la Corona española asumiera al fin el esfuerzo militar y económico de poblar La Florida.** Entre resignado y cínico, el rey Francisco I había protestado ante las sucesivas bulas papales que reconocían la preeminencia española en América: «El sol luce para mí como para otros. Querría ver la cláusula del testamento de Adán que me excluye del reparto del mundo y le deja todo a castellanos y portugueses». Por eso no tardó en intentar tomar, a la fuerza, lo que creía que le pertenecía.

No bastaba con descabezar a la fuerza hegemónica, que no era visible, había que someter una a una a todas estas naciones. La Florida, más que un dragón, era una hidra.

En 1524, el florentino **Giovanni da Verrazzano** exploró las costas prohibidas por cuenta del Rey de Francia, descendiendo por la bahía de Chesapeake hasta la desembocadura del río Santee, en Carolina del Sur. A su vez, Jacques Cartier recorrió las costas de Canadá y remontó, en 1535, el curso del San Lorenzo hasta Montreal. Entre 1541 y 1542, el protestante Jean-François de La Roque, señor de Roberval, **volvió aguijonear estas tierras.** El tesoro anhelado por todos ellos era dar con el paso del Noroeste para acceder al Pacífico, conocido como el Lago español debido a la ausencia de competidores europeos en estas aguas.

El silencio de los arcabuces en el Viejo Continente sirvió el contexto para nuevas acometidas a mediados de siglo. No es casualidad que la paz entre España e Inglaterra de 1604 fuera precisamente la lanzadera de salida para que el Mayflower atracara pocos años después en la costa de Massachusetts, **formando la colonia de Plymouth;** como tampoco lo es que la paz entre España y Francia de 1559 diera pie a un renovado interés galo por establecer una colonia firme en la costa norteamericana. El cese de las hostilidades concernía solo a los campos europeos, en opinión de muchos galos, especialmente entre las filas hugonotas, que **no iban a dejar pasar ninguna ocasión de perjudicar a la Monarquía hispánica,** detestada dos veces, por española y por católica. La facción francesa fiel al Papa, por su parte, apostaba por mantener la paz, aunque se sentía igualmente tentada por la idea de catapultar a miles de kilómetros a la minoría calvinista,



al tiempo que trasladaba el problema a los territorios del Rey de España.

Los hugonotes idearon a través de la figura del almirante **Gaspar de Coligny**, un noble con influencia sobre el joven Carlos IX, un intento por asentarse definitivamente en América. Tarea casi imposible debido a la constante vigilancia que las naves castellanas realizaban en torno a sus costas. En setenta y cinco años de presencia española al otro lado del Atlántico, **ninguna potencia había logrado emular su empresa** –a excepción de aventuras efímeras– debido a cuestiones técnicas (mapas, datos cartográficos y experiencia naval estaban en posesión de españoles y portugueses), militares y de inteligencia. La Monarquía hispánica contaba con ojos y oídos a ambos lados del charco, que informaban en cuestión de días al rey de cualquier plan en marcha.

Los hugonotes idearon a través de la figura del almirante Gaspar de Coligny un intento por asentarse definitivamente en América.

En el otoño de 1561, el embajador español en Londres recabó información detallada del proyecto francés y, a través de su homólogo en París, España presentó una queja a Carlos IX recordándole los términos del Tratado de Tordesillas (1494). Felipe II, además, instó a Luis de Velasco, virrey de Nueva España, **a acelerar sus propios planes para establecer una base en Santa Elena**, en la costa atlántica de Florida, a modo de posición defensiva. Le urgía a que trazara de paso una ruta terrestre entre Coosa y la Punta de Santa Elena, con una serie de postas para abastecer a las tropas y darles descanso, **de modo idéntico al conocido como Camino español**, que a partir de 1567 permitiría a los Tercios castellanos trasladarse con celeridad desde Milán a Bruselas. La Corona española buscaba así una ruta rápida para movilizar a sus tropas en caso de un ataque francés sobre la región mexicana de Zacatecas,

donde se ubicaban unas minas de plata claves para la economía de Nueva España. Obviamente, el rey desconocía la enorme distancia entre el norte de Florida y esta región minera.

El virrey cumplió con las órdenes mandando sendas expediciones para «la pacificación y poblamiento de las provincias de la Florida», **cuyo territorio inhóspito impidió una vez más colonizar la zona**. Con sus esfuerzos concentrados en el lucrativo Pacífico, Velasco aconsejó que, en el futuro, mejor sería que estos proyectos se acometieran con suministros y hombres directamente procedentes de Europa, como de hecho estaban planeando los franceses.

Debido a esta sucesión de fracasos, Felipe II llegó a prohibir mediante real cédula la organización de nuevas expediciones a Florida «a no ser que surgiera alguna causa de fuerza mayor». Y esa fuerza mayor no fueron sino los franceses. Ajeno a las advertencias españolas, Coligny siguió adelante con los preparativos de su empresa y **eligió a un marino normando llamado Jean Ribault**, con gran experiencia en el Atlántico, para dirigir una expedición formada por barcos de guerra y 150 hombres de armas. Francia defendía la legitimidad de sus incursiones por la doctrina del *mare liberum*, en base a la cual cualquier país tenía **derecho a explorar o colonizar aquellos lugares que no estuvieran ocupados**. No era una declaración de guerra, pero tampoco una de amistad.

En febrero de 1562, este normando pelirrojo y de «nervio sanguíneo» desembarcó en el estuario que bautizó como Río de Mayo, hoy St. Johns River (río San Juan), y se desplazó hasta la isla de Parris (Carolina del sur) a la zaga de un lugar propicio para un asentamiento. Allí dejó a 28 hombres con la misión de levantar un fuerte, **que llamaron Charlesfort en honor a Carlos IX**, mientras él volvía a Europa a por más suministros y herramientas. No en vano, sería arrestado en Inglaterra por un delito pendiente tras refugiarse allí de la persecución religiosa que se vivía en Francia, al borde de una guerra civil entre católicos y hugonotes.

Sin noticias de Ribault, los colonos abandonaron Nueva Francia un año después por medio de un bergantín, un barco ligero que improvisaron con los materiales a mano. En las inmediaciones de las Azores, **se vieron inmovilizados por la calma chicha hasta agotar sus provisiones**. La situación fue tan desesperada como para recurrir al canibalismo mediante sorteo, cuyo infeliz seleccionado se llamaba curiosamente Lachère, palabra que evoca a «cheré», esto es, comida copiosa en francés. Esta travesía del horror terminó, finalmente, cuando un barco británico recogió a los supervivientes y trasladó a la mayoría a Francia.

En mayo de 1564, **Hernando Manrique de Rojas** halló por orden del gobernador de Cuba el fuerte francés abandonado y lo redujo a cenizas, encontrando en la zona a un joven colono que se había refugiado con los indios y aprendido su lengua. A través de su testimonio, pudieron reconstruir **los últimos y trágicos días de esta colonia de Norteamérica**. Bien sabían los españoles lo relativamente fácil que era fundar un asentamiento y, sin embargo, lo arduo que resultaba que aquellas ciudades prosperaran frente a indios hostiles, epidemias, escasez de víveres, motines y dificultades para llevar materiales desde Europa. Ni siquiera **Cristóbal Colón** consiguió que el primer asentamiento creado en la Isla de La Española, llamada La Navidad, con los restos de la embarcación la Santa María, sobreviviera más de un año. A su vuelta de Europa, todos los colonos habían perecido y sus cadáveres se secaban al sol.

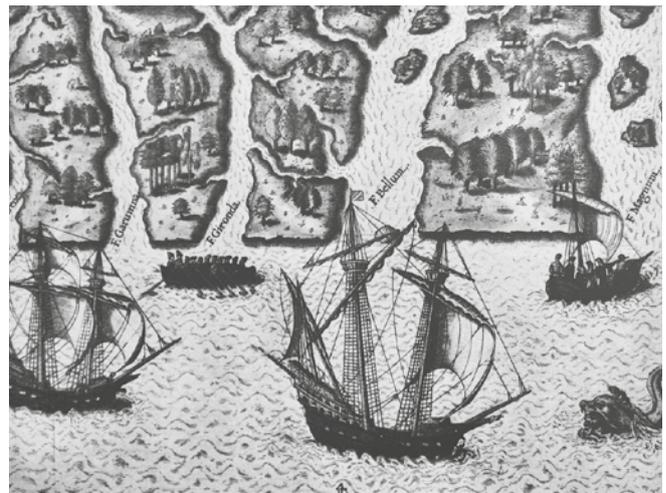
EL ADELANTADO QUE EL REY ENCONTRÓ EN LA CÁRCEL

Una tregua en las guerras de religión en Francia, mediante el **Edicto de pacificación de Amboise** (marzo de 1563), dio carta real para nuevos proyectos protestantes. El segundo de Ribault, René Goulaine de Laudonnière, realizó en 1564 otra intentona con una flotilla de tres barcos y cerca de doscientos colonos, algunos veteranos de la anterior aventura. Se incluyeron, esta vez, niños y mujeres pensando en el futuro de la comunidad. El lugar escogido estuvo **en el corazón de La Florida, cerca de la actual Jacksonville**, donde levantaron el 22 de junio el fuerte Carolina, de planta triangular y abastionada. Laudonnière se aseguró a través de obsequios la lealtad del cacique timucvano Saturiba, con control sobre una treintena de jefes vasallos de la costa, sin advertir que junto a su amistad estaba heredando, también, su enemistad con Olata Uae Utina, caudillo de cuarenta jefes vasallos del interior.

El desembarco de los franceses fue recibido con suma preocupación en Madrid, porque su presencia amenazaba directamente el Paso de las Bahamas, lugar de confluencia de todas las flotas americanas que atravesaban este canal para ganar los vientos del este en su travesía hacia Europa. Aparte de que, dada la condición de protestantes de los colonos, la existencia en sí de este asentamiento **suponía un riesgo para el proceso de evangelización católica**, que el imperio hispánico llevaba a cabo con un sentido providencialista desde 1492. La noticia con los

detalles, aportados por varios desertores galos, alcanzó como un proyectil a la corte madrileña el 30 de marzo de 1565, y ese mismo día, el rey ordenó a Pedro Menéndez de Avilés, de 46 años, que ultimara los preparativos en Sevilla para conducir a una fuerza punitiva de 10 barcos y 500 hombres hacia la colonia francesa. Entre sus oficiales se encontraba el capitán **Diego Flores de Valdés** y el joven **Pedro Menéndez de Valdés**, futuro yerno del adelantado, dos oficiales que años después se harían tristemente conocidos por su actuación durante la Grande y Felicísima Armada de 1588.

Esta primera flota estaba lista para zarpar hacia La Florida a comienzos de junio, sin embargo, detrás de aquella celeridad inédita por parte del Rey Prudente se escondía el hecho de que llevaba meses negociando con Menéndez una operación así en Florida. Mientras el marino había estado en prisión, un hijo suyo llamado Juan había desaparecido a bordo del barco La Concepción en el Canal de Bahamas, lo cual era frecuente en un litoral traidor, llano y plagado de marismas. Como buena parte del norte, **la costa septentrional del golfo de México era aún un punto negro para los cartógrafos**, que imaginaban más de lo que sabían. El propio asturiano manejaba una información errónea, al sostener que había un paso a la altura de la bahía de Chesapeake que, unido mediante un istmo a otra bahía a la misma latitud, **permitiría rodear por el interior la península de lo que hoy es Florida** y evitar más naufragios.



Exploración de La Florida por Ribault y Laudonniere, 1564, por el pintor Le Moyne de Morgues.



Menéndez pidió permiso en la corte para buscar a su vástago perdido, a lo cual accedió el rey con la condición de que expulsara a los franceses de la zona y conquistara y poblara aquellas regiones, con la vista puesta en **encontrar una ruta que comunicase los océanos Atlántico y Pacífico**. Apenas un mes después de salir de prisión, Felipe II nombró al asturiano adelantado para esas tierras, título con carácter hereditario, y firmó con él una serie de **capitulaciones para poblar la zona**. Por esa razón, cuando el adelantado zarpó, a principios de junio, únicamente faltaba a nivel logístico que los oficiales del rey en el Caribe reclutaran tropas y prepararan el equipo, a tiempo de que cruzaran el Mare Tenebrosum las armadas europeas.

Apenas un mes después de salir de prisión, Felipe II nombró al asturiano adelantado para esas tierras, y firmó con él una serie de capitulaciones para poblar la zona.

El 29 de junio, Felipe II autorizó a partir a una segunda flota de ocho barcos, con 16 cañones de asedio y mil hombres (la mitad de ellos soldados), mientras el III Duque de Alba y la reina Isabel de Valois agotaban la posibilidad de hallar una solución vía diplomática, **en una reunión celebrada con la corte francesa en Bayona**. El montante de la operación se estimó en 80.000 ducados, cuyo coste corrió a cargo, sobre todo, de inversores privados y no propiamente de la Corona, que se limitaba en estas expediciones a **aportar tropas y apoyo logístico**. Los principales inversores eran la familia de Menéndez, con recursos en Galicia, un importante regidor gaditano llamado Pedro del Castillo, a su vez pariente del adelantado, y el burgalés **Gaspar de Astudillo**, enlace bancario

con enorme ascendencia sobre la Casa de Contratación de Sevilla. Menéndez comprendía de esta forma la empresa en Florida tanto como un negocio personal como un mandato de su soberano, y precisamente era **esa tendencia a mezclar ambas cuestiones** lo que siempre irritó a los burócratas sevillanos.

El rey esperaba que, frente a la noticia de la numerosa y bien armada expedición de Menéndez, los hugonotes «tendrían miedo de él y, podría ser, dejasen la jornada», sin necesidad de usar la fuerza. Subestimaba su tenacidad. Los franceses contestaron a la ofensiva embarcando hacia su fuerte a una flota de refuerzo, de cuatro navíos grandes y tres de apoyo, encabezada por el propio Ribault, que **alcanzó La Florida antes que la primera armada de los españoles**. Los barcos de Menéndez se vieron dispersados por un temporal cuando cruzaban el Atlántico. «La mar tan por el cielo nos quería comer vivos hasta el punto de que toda la noche (...) no hice otra cosa sino confesar a estos mis hermanos», describió el capellán Mendoza. La capitana, el San Pelayo, y un patache **alcanzaron a duras penas Puerto Rico**. Días después, se sumaron al grupo de supervivientes varias embarcaciones en un pésimo estado. Tras sufrir un mar de deserciones en cuanto pusieron pie en tierra, los hombres y material dispuestos en esta isla permitieron rearmar parcialmente a la expedición, que **alcanzó su objetivo el 28 de agosto de 1565**.

En su primera toma de contacto, Menéndez de Avilés conoció por señas de los indígenas que los hugonotes estaban a veinte leguas al norte. Además, identificó un puerto natural, con buena ribera, **al que bautizó con el santo de ese día, San Agustín**. El 4 de septiembre, la flota española encontró a cuatro galeones franceses fondeados a la entrada del río San Juan. Cobijados por la oscuridad, la armada enviada por Felipe II entró en el río y buscó abordar a los franceses, **que finalmente huyeron a su base**, no sin antes escuchar la advertencia de Menéndez: «Esta armada es del Rey de España, y yo soy el general de ella y vengo para ahorcar y degollar a todos los luteranos que hallare en esta mar y tierra, y así lo traigo por instrucción de mi rey». Durante el encuentro, Menéndez se permitió, además, la bravuconada de llamar a todos los capitanes franceses por su nombre, a modo de alarde de la calidad de los servicios de inteligencia españoles.

Sin poder dar alcance a la flota francesa, el adelantado se centró en **desembarcar en tierra sus tropas y sus 24 piezas de artillería**. Volvió al puerto natural que divisó días antes, tomando posesión del lugar en nombre del Rey de España y fundando allí mismo **San Agustín de la Florida**, cuya existencia perdura hasta hoy como la ciudad

más antigua de los actuales EE.UU. Todo ello bajo la mirada de numerosos indígenas, que fueron invitados a una comida con los europeos.

«NO POR FRANCESES, SINO POR HEREJES»

El 16 de septiembre, 500 soldados españoles iniciaron una marcha de 85 kilómetros, **desde San Agustín hacia el fuerte Carolina**. Contaron con la ayuda de un intérprete galo y de un guía indio, procedente de una de las tribus hostiles a los franceses, durante un trayecto de cuatro jornadas entre pantanos, ríos desbordados y un lugar «harto malo y cenagoso» (Merás) bajo sus pies. El agua empapó el bizcocho y la pólvora de los españoles, **amargando el ánimo de varios oficiales**. Al borde del motín, un alférez expresó en alto lo que la mayoría pensaba: «Cómo nos trae vendidos este asturiano corito [pusilánime] que no sabe de guerra más que un asno» (Merás).

Con el agua por encima de las rodillas, el asturiano ordenó atacar el fuerte a las primeras horas del amanecer. Los españoles atacaron sin orden contra el enclave, «y no hubo cojo ni manco ni cobarde» entre sus filas. **La embesitada sorprendió por completo a los franceses**, sin tiempo de vestirse o acaso coger sus armas. Solo Laudonnière y sesenta hugonotes escaparon en medio de la confusión. Menéndez de Avilés ordenó que el resto, unos 142, fueran ejecutados a excepción de las mujeres, los niños y quienes se declararon católicos, esto es, unos 70 del total. Menéndez sustituyó los escudos de armas del Rey de Francia por los de Felipe II, **bautizó el lugar como San Mateo**, por ser esta festividad la de ese día, y señaló el sitio más adecuado para levantar una iglesia. A continuación, dejó una guarnición en el antiguo fuerte francés e inició una lastimosa caminata hacia San Agustín, donde temía que la flota y los supervivientes franceses pudieran contraatacar.

Ese miedo a que los franceses devolvieran el golpe se disipó pronto. Los exploradores del adelantado hallaron a finales de mes en la costa cercana las naves naufragadas de Ribault, que habían perecido a causa de un huracán cuando regresaban a enfrentarse a los españoles. Uno de los capitanes de Ribault, que había sobrevivido al desastre de su flota y al acoso de los naturales, **ofreció 300.000 ducados a Pedro Menéndez de Avilés a cambio de su libertad**. La negativa del español fue implacable: ordenó matar a todos los prisioneros, unos 111 (según el capellán Mendoza), salvando solo a una decena que confesaron ser católicos, y

que en el lugar, bautizado popularmente como Matanzas, se colgara un cartel que decía muertos «**no por franceses, sino por herejes**». El propio Ribault se rindió poco después junto a otros 60 hombres, que a excepción de varios adolescentes, también fueron pasados a cuchillo. El resto de franceses huyeron hacia la selva, **donde los indios no fueron más clementes que los españoles**. A finales de año, Laudonnière y un puñado de supervivientes, incluido el pintor Teodoro de Bry, arribaron a Francia al borde de la extenuación física y mental.

La propaganda protestante habló del asesinato de hombres indefensos. Menéndez entró así a formar parte de un episodio fundamental de la Leyenda Negra.

La noticia de la matanza fue recibida en Europa con estremecimiento tanto entre calvinistas como católicos, y pronto fue adornada con literatura tenebrosa. **La propaganda protestante habló del asesinato de hombres indefensos**, con los ojos arrancados, las mujeres violadas y los niños degollados. Menéndez entró así a formar parte de **un episodio fundamental de la Leyenda Negra**, como un conquistador cruel que mató a Ribault cuando se había ya rendido, y que disfrutó partiendo su cabeza en cuatro trozos, empalándole y enviando su piel como trofeo a Madrid.

Felipe II aprobó las ejecuciones en base a la consideración de que eran piratas y ordenó que los supervivientes pasaran el resto de sus días remando en galeras. La corte francesa, por su parte, protestó con timidez por la muerte de tantos súbditos, pero apenas logró que el Rey de España accediera a liberar con el tiempo a algunos de los prisioneros. **Francia era consciente de que las ejecuciones eran completamente legales** dentro de las leyes oficiosas de la guerra. Se trataba de matar, en opinión de Menéndez,



Pedro Menéndez de Avilés: el español que fundó la ciudad más antigua de EE.UU



THE
HISPANIC
COUNCIL



René Goulaine de Laudonnière.

a piratas y luteranos (un término para referirse en España a todos los protestantes), no a colonos o a súbditos. Y es que, entre otros aliados poco saludables, la colonia francesa había contado con **la asistencia del esclavista y pirata inglés John Hawkins**, un cercano colaborador de la reina Isabel Tudor. Eso sin olvidar que un grupo de desertores del fuerte se había dedicado a saquear y asesinar a cuantos españoles se toparon por los puertos cercanos, lo cual iba en contra de la exigencia de la regente **Catalina de Médicis** de no emprender actos de guerra contra los intereses de Felipe II. Si acaso pagaron justos por pecadores.

A duras penas tenían provisiones para alimentarse ellos, como para compartir su comida con prisioneros de ningún tipo. Menéndez **reclamó urgentemente en Cuba víveres al gobernador García Osorio**, quien se

negó a prestárselos incluso a título personal, honrando a los burócratas que tenían cruzado al rudo asturiano desde hace décadas. En un momento determinado, el asturiano entró en cólera y «quitó la gorra y salió por la puerta sin aguardar respuesta del gobernador». Sin tiempo para reclamar la intervención de Felipe II, el adelantado **regresó a La Florida para rearmarse ante la noticia de que Francia preparaba un contraataque**. Los expedicionarios edificaron un fuerte de madera en Santa Elena, en la Isla de Parris, hoy al Sur de Carolina, que llamaron **San Felipe**. Y, más tarde, trasladaron el fuerte de San Agustín a un lugar más propicio.

Ante una nueva negativa en La Habana a prestarle víveres, el adelantado vendió un hábito de oro y vestidos y ajueres personales para comprar maíz y harina de mandioca. Nadie podría acusarle de regresar con las manos vacías a San Agustín, que se hallaba a punto de la sublevación y de que «se hinchen las Indias de bellacos». No obstante, al llegar no se encontró con el motín que aguardaba, sino con **una armada de 17 barcos y 1.500 hombres al mando de Sancho de Archiniega**, que además de abundante comida traía consigo despachos reales de Felipe II para fortificar las principales islas del Caribe y tres jesuitas para evangelizar La Florida. Eso le dio margen para al menos unos meses, de manera que dejó la colonia tras reforzar los fuertes y viajó a la Península a dar cuentas al rey. El monarca le colmó de honores por su victoria, entre ellos el nombramiento de **gobernador de Cuba, miembro de la Orden de Santiago** (la solicitud de entrada estaba en marcha desde 1558), las rentas del señorío de Santa Cruz de la Zarza, un retrato de corte de Tiziano y, no menos importante, el derecho a ser tratado como «Don».

En junio de 1568, Don Pedro Menéndez de Avilés se encontraba de vuelta en San Agustín, a donde trasladó refuerzos y provisiones. El estado de las cosas era calamitoso. Invasión por el hambre, el fuego, las enfermedades, los vientos hostiles, las desertiones y los motines, la colonia española **estaba cerca de correr el mismo destino que los asentamientos anteriores**. El antiguo enclave francés, ahora con el nombre de San Mateo, había perecido en su ausencia. Un noble francés llamado Dominique de Gourgues, que había sido condenado a galeras por los españoles, partió a La Florida con 280 hombres, la mayoría arcabuceros. Tras alcanzar el río San Juan, cayó por sorpresa sobre el fuerte de San Mateo con ayuda del cacique Saturiba, bien conocido por los franceses. **Dominique de Gourgues capturó el asentamiento y mató a los colonos**, «no por españoles ni por marranos, sino por traidores, ladrones y asesinos», según inscribió en una tablilla colgada junto a los cadáveres. Después, destruyó



el establecimiento hasta los cimientos y volvió a Francia como un héroe nacional.

La levedad de las lealtades indígenas fue una de las razones del **lento proceso de colonización en este territorio**. Las tribus que se repartían entre Florida y el valle del Misisipi tenían una fuerte actividad guerrera, como desprenden las fuentes arqueológicas a través de la desaparición súbita de poblados. **Tres grandes grupos lingüísticos coexistían a la llegada de los europeos:** los calusa, que se extendían por toda la parte meridional de la península y el sur de la bahía de Tampa; los timucuanos, al norte de los calusas; y los muscogi, que a su vez se dividían en las tribus guale, seminolas, los apalaches y apalachicolas, entre otros.

De nada servía evangelizar e imponer una estrategia de buena vecindad a unos naturales educados por y para la guerra.

Ajenos a esta complejidad tribal, Bartolomé de las Casas y las principales órdenes religiosas habían impuesto una serie de **reglas éticas que prohibía las encomiendas y tratar mal a los indios**, lo cual resultaba una legislación pionera en la defensa de estos grupos, pero no siempre casaba con las necesidades sobre el terreno. Así lo expresó Hernando de Soto, asediado a cada paso por los ataques indígenas: «Yo pido a Dios que haga ver a esos señores del Consejo de Indias, que siempre nos están dando instrucciones sobre el buen trato que hemos de dar a los indios, y luego nos digan cómo se han de tratar». De nada servía evangelizar e imponer una estrategia de buena vecindad a **unos naturales educados por y para la guerra** que, en caso de los timucuanos, acostumbraban a cortar las cabezales a sus enemigos, entre otras «crueldades nunca vistas», en palabras del cronista Jaime Martínez.

Cuando los españoles desalojaron a los franceses, estos estaban a punto de abandonar la colonia debido a la agresividad de los indios timucuanos y a los motines. Me-

néndez, al igual que los hugonotes al principio, **supo comprenderse con varias tribus**. Convenció a su llegada a un cacique de los indios calusas, nombrado Carlos, para que liberara a un grupo de españoles naufragados en la bahía de Charlotte Harbor, entre los que para su decepción no se encontraba su hijo Juan. Por medio de un cautivo llamado **Hernando Escalante**, que llevaba veinte años malviviendo allí, descubrió que más de doscientos españoles habían sido sacrificados por esta misma tribu en tiempos recientes, pese a lo cual el adelantado tomó la vía más pragmática de estrechar la amistad con Carlos. Incluso aceptó compartir una noche lecho con Doña Antonia, nombre dado a la hermana que entregó este caudillo como esposa al adelantado, antes que arriesgarse a que un rechazo fuera tomado como una grave ofensa.

Su viaje a la corte, sin embargo, reveló lo poco fiable que era la población indígena, que lo único que quería de los europeos eran sus armas y su experiencia militar. **Cualquier acuerdo se asentaba en tierras movedizas**. Menéndez forzó a Carlos a firmar la paz con otro jefe calusa llamado Tocobaga, cuyos territorios estaban situados al norte de la bahía de Tampa. El resultado a largo plazo es que los españoles tuvieron que matar a Carlos, cada vez más violento e incontrolable tras la tregua, mientras Tocobaga terminó pasando a cuchillo a la guarnición que patrullaba su territorio. **A esta inestabilidad se sumaba que los españoles nunca lograron ganarse la amistad de Saturiba**, que ni siquiera con los franceses demostró ser un aliado demasiado fiable. Laudonnière dijo de estos hombres: «Son grandes simuladores y traidores, valerosos y muy buenos combatientes».

¿UNA HISTORIA DE ÉXITO O DE FRACASO?

En total, el adelantado levantó siete fuertes en las costas de Florida: el San Agustín; el San Mateo; el Santa Elena; el de Carlos, en la bahía de Charlotte Harbor; el de Tocobaga, al norte de la bahía de Tampa; el de Tequesta, en la actual Miami y el de Ays, en la costa oriental. Si bien, durante la ausencia de Menéndez, las insurrecciones indias presionaron hasta reducir la presencia europea a **solo dos enclaves, San Agustín y Santa Elena**, cuya ubicación se desplazó dos veces para mantener a la guarnición lejos de los indios. El adelantado **hubo de renunciar pronto a crear nuevos puestos**, así como al proyecto de crear siete casas fuertes al norte del San Mateo, dotadas de una guarnición, ganado y perros de la guerra para mantener a distancia a las tribus depredadoras.



También las misiones jesuitas fueron desapareciendo poco a poco. En agosto de 1570, el padre Juan Bautista de Segura partió de Santa Elena hacia el norte junto a siete compañeros. Un año después, sin noticias de los misioneros, Menéndez supo por boca de unos indios y de un mozo superviviente **que la población los había masacrado**. Incapaces de hacer nada en esas circunstancias, los jesuitas decidieron replegarse hacia Nueva España, y renunciar, al menos aquí, a la puerta americana que les había abierto Menéndez en 1566. Más acostumbrados a las penurias del terreno que los jesuitas, **los monjes franciscanos empezaron a llegar en oleadas tras el repliegue de la Compañía**. De su mano se fundaron cerca de 130 misiones en la zona. Hacia 1655 había unos 26.000 indios convertidos al cristianismo (la mayoría timucuanos), setenta frailes y cinco clérigos en torno a las misiones de San Agustín, según estimaciones de **John Lanning**. Entre las misiones que sobrevivieron a largo plazo se pueden identificar **dos vértebras en La Florida**: una en la costa norte de San Agustín, entre Mocomo y Guale; y otra a la altura de San Agustín, a lo largo de los caminos indios que parten desde la costa.

En Sevilla, dio en la administración y en los oficiales de la Casa de Contratación con enemigos más temidos que los amotinados.

A la vista del deterioro de sus fuertes, **el adelantado viajó de nuevo, a finales de 1569, a la corte del Rey Prudente** para garantizarse los recursos necesarios con los que continuar la conquista y evangelización de La Florida, así como el **permiso para vender como esclavos a los indios hostiles**. En Sevilla, sin embargo, dio en la administración y en los oficiales de la Casa de Contratación con enemigos más temidos que los cor-

sarios o los indios, **que le pusieron todo tipo de trabas**, incluido un embargo de sus bienes personales, a la hora de apoquinar los ducados destinados a sus asentamientos. Sin que al parecer el rey pudiera tampoco evitarlo. «[...] dáme tanto cuidado el desconsuelo y disfavor con que se trata a gente tan noble y tan disciplinada en el servicio de S.M. que no tengo palabras con que significarlos», escribió a la corte Menéndez de Avilés, quien **nunca en su vida se había sentido tan desamparado**.



Monumento Nacional del Fuerte Carolina, en Florida.

Con las manos atadas en cuestiones de hacienda, Felipe se limitó a ofrecer al adelantado **una fuerza permanente de 300 soldados y misioneros**, en esta ocasión franciscanos, reafirmandole su autoridad como gobernador de Cuba. Recursos insuficientes para una red de fuertes que se asfixiaba a nivel económico y humano. En función a su cargo en La Habana, Menéndez pudo favorecer, al menos, **la entrada en Florida de parejas de agricultores para dotar de autonomía a las colonias**, rompiendo así con la dependencia de abastecimiento respecto a los indios, que no dejaban de saquear los rebaños, destruir los cultivos y emboscar a las patrullas de soldados. A su vez, como responsable de garantizar la seguridad de los convoyes cargados de plata, el asturiano contaba a su disposición con **soldados procedentes de la Península**, que repartía con el objetivo de suplir las desertiones en las guarniciones a su mando. Pues, para muchos soldados y civiles **Florida solo era una plataforma para entrar en América**, y desde allí, una vez en Cuba o Santo Domingo, viajar a Perú o a Nueva España.



Guerreros timucua.

En sus últimos años en el Caribe, **Menéndez de Avilés se multiplicó por Norteamérica**. Fundó en Cuba un seminario para instruir a los indígenas de La Florida, se trasladó a Axacan, en la bahía de Santa María (actualmente en Virginia), para castigar a un grupo de indígenas que había asesinado a unos misioneros jesuitas, exploró las costas que rodeaban a San Agustín, continuó persiguiendo corsarios y **levantó la primera carta geográfica de las Bahamas y de las costas de Cuba y Florida**. Trabajó, además, en el diseño y construcción en La Habana de navíos que acortaran la navegación por el Atlántico, los conocidos como galeonetes, embarcaciones con la quilla más alargada en relación con la manga. Del crecimiento de esta ciudad, que **pasó de 30 a 100 vecinos** desde que él ejercía de gobernador, se jactó ante el rey «por ser, como lo es, la llave de todas las Indias».

Don Pedro Menéndez de Avilés inició incluso los preparativos para trasladar su casa y su familia definitivamente a Santa Elena, origen del marquesado donde esperaba retirarse. Pero este plan no llegó a buen puerto. A finales de 1573, el rey **le relevó como gobernador de Cuba y capitán de la armada de Indias**, en medio de una opinión generalizada en España contra la gestión que estaba realizando. Afortunadamente no pensaba así el monarca, que rápido llamó a su adelantado a la corte para encargarle la planificación y organización en la costa cantábrica de una **flota de ataque destinada a Flandes** «con los mejores navíos que jamás se han juntado en este mar de poniente y hasta 11.000 españoles de mar y tierra», como describió Menéndez de Avilés.

LA INVENCIBLE DE MENÉNDEZ

El objetivo era socorrer a Luis de Requesens, gobernador de los Países Bajos, que requería urgentemente una flota naval hecha al Atlántico para **contrarrestar a los Mendigos del Mar holandeses y zelandeses**. El militar catalán aseguraba a su majestad que, en su opinión, «sin armada de esos reinos [de España] no se puede acabar con esta guerra». Menéndez quedó así encargado de reunir esta **fuerza naval de 150 velas**, con base en Santander, «tanto para limpiar [de piratas] las costas occidentales del Canal, como para recuperar algunos puertos de los Países Bajos ocupados por los rebeldes».

Conforme avanzaban los preparativos, el asturiano advirtió que una fuerza naval de ese tamaño requeriría para operar en el mar del Norte **un puerto grande bajo control español**, que en ese momento no estaba a su alcance. El monarca concedió, a regañadientes, que la flota



Los fuertes del adelantado en La Florida.

se limitara a navegar entre Bretaña y las Islas Sorlingas, de modo que pudieran refugiarse en caso de tormenta en algún puerto irlandés. Si bien, frente a la noticia de que una enorme flota turca había partido hacia el oeste, **Felipe volvió a cambiar sus instrucciones**, reclamando a Menéndez que se quedara cerca de España para «socorrer a la mayor necesidad» sus puertos.



Pedro Menéndez de Avilés, imagen de la Biblioteca del Congreso de EE.UU.

Al fin, determinó al estilo salomónico que tanto gustaba al rey que, dependiendo de las circunstancias, la flota iría al Mediterráneo o al Atlántico... **Sería Lepanto con galeones o la Armada Invencible con un comandante apto.** Dentro de las siempre ambiguas instrucciones de Felipe II, se abría tanto la posibilidad de invadir con esta misma fuerza combinada Inglaterra, que hacía de base para los rebeldes de estas provincias, como de auxiliar algún puerto mediterráneo hostigado por los otomanos. Sin embargo, la mayor movilización de barcos que conocería el país hasta 1588, con 150 naves listas para partir en cuanto Madrid diera la orden, **no pudo disparar ni un solo cañonazo.** La incierta empresa finalizó por la

muerte del propio Menéndez de Avilés, **en septiembre de 1574**, a consecuencia de una enfermedad que diezmo a la tripulación acantonada en Santander. Hasta su última carta, el de Avilés mostró su esperanza de que, una vez vencidos «estos herejes luteranos», el rey le diera licencia para **regresar a su querida Florida** y «acabar mis días salvando almas» entre los naturales.

Felipe II canceló, sin más, la expedición «estando ya embarcada toda la gente y comenzando a salir los más de los navíos», a pesar de que la inversión había alcanzado los 500.000 ducados. En su correspondencia despachó la muerte de Menéndez con brevedad y **en clave de sus intereses venideros:** «Me ha desplacido mucho por haber perdido un tan buen criado y porque ha hecho y hará harta falta». Como diría años después el III Duque de Alba, tan dedicado al soberano como Menéndez, «los reyes no tienen los sentimientos y la ternura en el lugar en donde nosotros los tenemos». El monarca había reconocido las habilidades de Menéndez como solucionador de problemas, pero **eso no le frenó para exprimir con saña hasta la última gota de su talento.** Don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, Álvaro de Bazán o Julián Romero, entre otros héroes militares, también reclamaron en algún momento una pausa o permiso para encargarse de sus asuntos particulares, sin que ninguno se librara de morir en el transcurso de alguna de las campañas de un rey que, a excepción de unos meses, **se pasó la totalidad de su reinado inmerso en guerras.**

A diferencia de otros conquistadores y explotadores de su generación, el adelantado no logró monetizar sus éxitos militares en un gran patrimonio. Sus beneficios se perdieron en el pozo sin fondo que se antojaba La Florida y en el pulso con la administración sevillana a lo largo de dos décadas de persecución implacable. **Murió tan pobre que fue imposible trasladar sus restos a su Avilés natal**, concretamente a la Iglesia de San Nicolás, como estipulaba su testamento escrito días antes de su fallecimiento. Debió ser un familiar del adelantado quien sufragara el traslado, primero hasta Llanes debido a una galerna, y el 9 de noviembre de 1591 a la villa de Avilés. Las autoridades españolas y representantes del estado de Florida y de la ciudad de San Agustín, junto a tropas españolas y estadounidense, asistieron **el 9 de agosto de 1924** en la localidad asturiana al cambio definitivo de la urna funeraria, que alberga hoy sus restos en la vieja parroquia.

La prematura muerte del adelantado **dejó incompleta la colonización de La Florida**, porque sin su energía y liderazgo no hubo más remedio que asumir una estrategia defensiva. Santa Elena, donde había puesto Menéndez la capital de su Estado, contaba hacia 1572 con solo 250 re-

sidentes, que sufrieron las consecuencias de encontrarse en medio de dos belicosos cacicazgos. El fuerte tuvo que ser reconstruido varias veces **antes de su abandono definitivo, en 1587**, no sin las protestas de los colonos que ya habían formado su hogar. Los españoles se replegaron a San Agustín, que también sufrió lo indecible, entre otras maldades, **el bombardeo del pirata británico Francis Drake**, que arrasó la ciudad aprovechando la traición de dos de sus habitantes. Lo sufrió todo, y lo soportó sin claudicar **durante más de dos siglos de existencia** como puesto de avanzada del imperio.

En 1763, por medio del Tratado de París, **la Corona española cedió San Agustín y las tierras con misiones franciscanas a los ingleses**, de modo que se evacuó a la población y se transportó a los indios amigos a Santo Domingo, donde se integraron en la sociedad mestiza. Durante un breve periodo de tiempo, La Florida (Florida oriental y occidental) volvió a manos de España por el Tratado de Versalles (1783), hasta que, finalmente, una invasión estadounidense forzó a una debilitada España a entregar este territorio, en 1821, **a cambio de cinco millones de dólares**, que se destinaron a pagar reclamaciones pendientes entre ambos países. La ceremonia de cambio de soberanía se realizó el 10 de julio de ese año en la **Plaza de la Constitución de San Agustín**, arriándose la bandera española con los colores rojo y amarillo.



Monumento a Pedro Menéndez en Avilés, España.

EL AUTOR

César Cervera Moreno (Candeleda, Ávila, 1988) es licenciado por la Universidad Complutense y tiene un Máster en periodismo escrito por ABC. Ha publicado dos libros de divulgación histórica, "Los Austrias, el Imperio de los Chiflados" y "Superhéroes del Imperio", ambos editados por La Esfera de los Libros. Actualmente, trabaja como redactor de la sección de Historia del diario ABC y está especializado en contenidos culturales. Colabora con artículos de opinión en El Debate de Hoy, y ha participado en distintas conferencias sobre Isabel la Católica, la persecución de brujas en España y otros temas relacionados con la historia de los siglos XVI y XVII. Además, es fundador y administrador de la web www.unapicaenflandes.es



BIBLIOGRAFÍA

- Cardelús, Borja, “La huella de España y de la cultura hispana en los Estados Unidos”, Centro de Cultura Iberoamericana (CCI), 2008.
-
- Fernández Toraño, Antonio, “Pedro Menéndez de Avilés”, Edaf, 2018.
- Lanning, John, “Spanish Missions in Georgia”, Chapel Hill, 1971.
- Lemoyne De Morgues, Jacques, “La Colonia Francesa de Florida (1562-1565)”, ed., intr. y notas de Jean-Paul Duviolsa, History, 2012.
- Madueño Galán, José María, “Pedro Menéndez de Avilés y Alonso de la Campa”, Diccionario Bibliográfico de la Real Academia de la Historia, entrada consultada el 5 de febrero de 2019.
- Martínez Laínez, Fernando y Canales Torres, Carlos, “Banderas lejanas”, Edaf, 2009.
- Menéndez de Avilés, Pedro, “Cartas sobre la Florida” (1555-1574), ed., intr. y notas de J. Carlo Mercado, Iberoamericana y Vervuert, 2002.
- Mira Caballos, Esteban, “Pedro Menéndez de Avilés diseñó el sistema de flotas de la Carrera de Indias” *Revista de Historia Naval* N. 94. Madrid, 2006.
- Parker, Geoffrey, “Felipe II: La biografía definitiva”, Planeta, 2010.
- Rodríguez González, Agustín, “Drake y la Invencible: mitos desvelados”, Sekotia, 2011.
- Sallmann, Jean-Michel, “Indios y conquistadores españoles en América del norte: hacia otro El Dorado”, Alianza Editorial, 2018.
- Solís de Merás, Gonzalo, “Memorial de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés y de la conquista de la Florida y justicia que hizo en Jean Ribault y otros franceses, 1565”, Grupo Editorial Asturiano, 1990.

The Hispanic Council

The Hispanic Council es un think tank independiente que promueve las relaciones entre la comunidad hispana de Estados Unidos y España.